

jesús, el profeta de nazaret¹

Uno de los rasgos más sugerentes de la personalidad de Jesús es el profético. Su inconformismo, su condena de las estructuras, su valentía al enfrentarse a los poderosos e incluso al rey Herodes, su entrega plena a la palabra de Dios, lo convierten en un personaje de enorme actualidad.

Con razón podríamos considerar a Jesús como un gran profeta, el más grande de todos, que culmina y cierra la historia del profetismo en Israel. Sin embargo, al hacer estas afirmaciones corremos el peligro de proyectar nuestras propias ideas y desfigurar o empobrecer el mensaje del Nuevo Testamento sobre este punto. En esta conferencia abordaremos el tema de Jesús como profeta. Intentaremos ver cómo interpretaron sus contemporáneos y los primeros cristianos este aspecto de la personalidad de Jesús. Sólo a partir de aquí podremos hablar del carácter profético de Jesús para nuestro tiempo.

Precisamente porque pretendemos situarnos en la perspectiva histórica de los contemporáneos de Jesús debemos comenzar hablando de la mentalidad reinante en aquella época.

1. El texto que sigue es el de una conferencia pronunciada en Sevilla el día 3 de febrero durante la Segunda Semana Bíblica Andaluza. La falta de tiempo me impide reelaborar y desarrollar algunos aspectos del tema. El carácter de simples sugerencias hay que tenerlo especialmente en cuenta en la última parte. Ya que el número de notas es mínimo, indico aquí la bibliografía principal sobre el tema: DANIELOU, J., *Le Christ Prophète: Vie Spirituelle* 78 (1948) 154-70; DAVIES, P. E., *Jesus and the Role of the Prophet: JBL* 64 (1945) 241-54; DODD, C. H., *Jesus als Lehrer und Prophet*, en G. K. A. BELL-A. DEISSMANN, *Mysterium Christi* 1931, págs. 69-86; ESCUDERO FREIRE, C., *Jesús profeta, libertador del hombre: EstE* 51 (1976) 463-96; FRIEDRICH, G., art. *prophètes* en *ThWNT* VI, 842-49; GILS, F., *Jésus Prophète d'après les Evangiles synoptiques*, *Orientalia et Biblica Lovaniensia* II, 1957; HIGGINS, A. I. B., *Jesus as Prophet: ExpT* 57 (1945/6) 292-4; MUELLER, U. B., *Vision und Botschaft. Erwägungen zur prophetischen Struktur der Verkündigung Jesu: ZThK* 74 (1977) 416-48; RIESENFELD, H., *Jesus als Prophet*, en *Spiritus et Veritas*, *Mélanges K. Kundzins*, 1953, págs. 135-48; SCHNIDER, F., *Jesus der Prophet*, *Orbis Biblicus et Orientalis* 2, Göttingen 1973; YOUNG, F. W., *Jesus the Prophet: A Re-Examination: JBL* 68 (1949) 285-99.

1. La idea sobre el profetismo en tiempos de Jesús

La situación en tiempos de Jesús con respecto a la profecía difiere mucho de la de los siglos VIII-VI a. C., cuando surgen en Israel los grandes profetas. En aquellos siglos, el que una persona se presentase como profeta, como elegido por Dios para transmitir su palabra, no resultaba extraño. Su mensaje podía ser más o menos aceptado; su postura social, política y religiosa más o menos discutida. Pero nadie negaba la posibilidad de que el hombre poseyese el espíritu de Dios y hubiese recibido la misión de comunicar al pueblo la voluntad del Señor.

En tiempos de Jesús la situación es distinta. Desde hace varios siglos reina el convencimiento de que el Espíritu no entra ya en contacto directo con el hombre; por consiguiente, no existen profetas. El primer libro de los Macabeos, escrito a finales del siglo II a. C., constata esta ausencia de profetas (1 Mac. 4,46; 9,27; 14,41). Lo mismo ocurre en Daniel 3,38.

Pero esto no significa la negación del don profético en cuanto tal. Se da por supuesto que la profecía no se ha extinguido definitivamente. Más aún, se admite la posibilidad de que pueda surgir un profeta, e incluso se espera con ansia su aparición. Sin embargo, al hablar de esta esperanza conviene hacer una distinción importante entre la teología oficial y la teología popular².

La teología oficial es bastante clara en este punto, aunque presenta diversos matices. Las distintas corrientes coinciden en que va a surgir un gran profeta, el profeta definitivo, escatológico. Pero difieren en la forma de concebir a este personaje. Unos, basándose en Dt 18,15, esperan un profeta semejante a Moisés. Este texto del Deuteronomio trata un problema acuciante para el pueblo: ¿Cómo conocer la voluntad de Dios?, ¿cómo vencer la incertidumbre y la inseguridad que siempre representa el futuro? El peligro de los israelitas es acudir a vaticinadores, astrólogos, agoreros, hechiceros, encantadores, espiritistas, adivinos y nigromantes, como indican los versos 10-11 de ese mismo capítulo. Sin embargo, estas prácticas frecuentes entre los paganos no deben ser la norma de conducta del pueblo de Dios. Para conocer su voluntad, para orientar rectamente la vida, el Señor ha dispuesto otro medio: «Un profeta de los tuyos, de tus hermanos, como yo, te suscitará el Señor, tu Dios; a El escucharéis» (Dt. 18,15). En su sentido original, estas palabras se refieren probablemente a la serie de profetas que surgieron en el antiguo Israel: Amós, Oseas, Isaías, Jeremías..., son esos profetas suscitados por Dios para orientar al pueblo y a los que el pueblo debe escuchar. Sin embargo, al pasar los siglos, el texto adquirió un sentido nuevo para la teología oficial de Israel. En una época sin profetas, los teólogos recordaron estas palabras y las interpretaron como el anuncio de la venida de un gran profeta, semejante a Moisés, que no se identificaba con ninguno de los anteriores.

2. Esta distinción no la efectúa casi ninguno de los autores que estudian el tema, pero es fundamental para comprender las distintas posturas que encontramos en los textos evangélicos.

Junto a esta concepción de la venida de un profeta semejante a Moisés encontramos otra en la teología oficial basada en Malaquías 3,23: «Yo os enviaré al profeta Elías antes de que llegue el día del Señor, grande y terrible; reconciliará a padres con hijos, a hijos con padres, y así no vendré yo a exterminar la tierra». Aquí, el prototipo del profeta definitivo no es Moisés, sino Elías. A primera vista puede parecer que no existe mucha diferencia entre ambas concepciones, ya que Elías es presentado en los relatos bíblicos como un nuevo Moisés. Sin embargo, la diferencia de matiz es muy notable. La primera corriente no espera que Moisés resucite y vuelva a la tierra, espera simplemente a un profeta semejante a Moisés; la segunda espera que Elías en persona vuelva a la tierra, porque Elías no ha muerto; simplemente, fue arrebatado al cielo en un carro de fuego.

Sin embargo, para comprender los datos del Evangelio no basta conocer la teología oficial. Hay que saber también lo que piensa el pueblo. Y esto es más complicado. Sin duda, mucha gente compartía esa esperanza de que Elías volviese o de que Dios suscitase un nuevo Moisés. Pero otros no parecen tan exigentes; no necesitan ver en una persona a Elías o a un nuevo Moisés para reconocerla como profeta. En este sentido, dos textos de Flavio Josefo resultan interesantes.

El primero, tomado de las Antigüedades de los Judíos (XX. 5,1) dice: «Siendo Fado procurador de Judea, cierto mago llamado Teudas persuadió a gran parte del pueblo para que cogiesen sus cosas y lo siguiesen al río Jordán; les dijo que era un profeta y que con una orden dividiría las aguas del río facilitándoles el paso; muchos se dejaron embaucar. Pero Fado no permitió que este loco intento fuese puesto en práctica; envió un grupo de jinetes que cayó de improviso sobre ellos; mataron a unos, capturaron a otros. A Teudas lo cogieron vivo, le cortaron la cabeza y la llevaron a Jerusalén.»

Y en la Guerra Judía (II, 261 ss.) nos cuenta otro caso parecido: «Peor calamidad infligió a los judíos un falso profeta egipcio. Un charlatán, que se ganó fama de profeta, apareció por el país, se hizo un séquito de casi treinta mil ingenuos y los condujo dando un rodeo desde el desierto hasta el monte de los olivos. Desde allí se proponía forzar la entrada en Jerusalén, derrotar a la guarnición romana y gobernar en la ciudad como un tirano.»

Estos dos relatos son interesantes para conocer la mentalidad del pueblo. En ambos casos se considera al profeta como un libertador, con una misión política muy concreta. Pero ninguno de estos hombres se presenta como el profeta definitivo ni como un nuevo Moisés. En todo caso podríamos comparar al primero con Josué, al segundo con David.

En el primer libro de los Macabeos se refleja también esta mentalidad menos exigente. Cuando no se sabe qué hacer con las piedras del altar profanado, deciden colocarlas en un sitio a propósito «hasta que viniese un profeta que resolviese el caso» (1 Mc. 4,46). Evidentemente, el autor no piensa aquí en el profeta definitivo. Igual podemos decir de 14,41, donde se habla de un «profeta fidedigno».

Los relatos evangélicos confirman que el pueblo no es tan estricto como los teólogos oficiales. Mucha gente sencilla puede considerar a Jesús como profeta sin necesidad de identificarlo con Elías o el nuevo Moisés. Este presupuesto nos ayudará a comprender mejor el tema siguiente.

2. Jesús, un profeta

En algunos pasajes evangélicos, distintos personajes expresan su convencimiento de que Jesús es un profeta. La samaritana que habla con El junto al pozo reconoce: «Señor, veo que eres un profeta» (Jn. 4,19); cuando al ciego de nacimiento le preguntan qué piensa de Jesús, responde: «Que es un profeta» (Jn. 9,17). La multitud que presencia la resurrección del hijo de la viuda de Naim aclama al final: «Un gran profeta ha surgido entre nosotros» (Lc. 7,16). Y entre las opiniones que corren por el pueblo a propósito de Jesús hay una que lo considera «un profeta como los demás profetas» (Mc. 6,15) o «uno de los profetas» (Mc. 8,27).

¿A qué se debe este testimonio tan frecuente de los contemporáneos sobre el carácter profético de Jesús? Si nos fijamos en los pasajes citados anteriormente la respuesta es clara. La gente advierte que Jesús tiene dos grandes poderes: el de hacer milagros y el de conocer cosas ocultas. Por eso no resulta extraño que la aclamación de Jesús como profeta tenga lugar cuando acaba de realizar un prodigio como la resurrección de un niño, la curación de un ciego de nacimiento, o cuando manifiesta su capacidad de conocer la vida íntima de una persona, como ocurre en el caso de la samaritana.

A nosotros, esta mentalidad popular que considera al profeta primordialmente como un milagrero o un adivino nos resulta desconcertante e injusta, como si el pueblo de Israel hubiese traicionado y malinterpretado a sus antiguos profetas. En defensa del pueblo debemos decir que también personas muy cultas y conocedoras de la tradición, como Jesús ben Sirá, autor del Eclesiástico, piensan de modo semejante. Cuando leemos los capítulos 48-49 de esta obra nos quedamos asombrados al ver lo que se dice de profetas tan grandes como Isaías o Jeremías. No aparece su mensaje político o social, no encontramos sus fuertes denuncias: sólo se recuerda su capacidad de hacer milagros y de predecir el futuro.

Por consiguiente, la mentalidad popular sobre los profetas es comprensible, y nos lleva a una conclusión que no admite dudas: el pueblo consideró a Jesús como profeta porque tenía el poder de hacer milagros y de conocer cosas ocultas. Sin embargo, otros aspectos de la personalidad de Jesús también pudieron influir en el pueblo a la hora de considerarlo un profeta: su vida, su mensaje y su modo de hablar.

La vida de Jesús recuerda en gran parte a la de los profetas del Antiguo Testamento. Jesús no es sacerdote, no pertenece a la tribu de Leví. Por ello su actividad religiosa no está circunscrita al templo y al culto. Su acción se

desarrolla a veces en el templo o en la sinagoga. Pero también se mueve al aire libre, en la plaza pública o en el campo. Es un detalle muy externo, pero de importancia, porque recuerda la forma de vida de los antiguos profetas. Por otra parte, Jesús muestra en todo momento gran valentía al denunciar a los grupos más poderosos. No teme criticar a los ricos, a los sacerdotes, fariseos, saduceos, ni siquiera a Herodes y a sus partidarios. El duro ataque que encontramos en Mt. 23,13-29 debió impulsar a la gente a ver en Jesús a un continuador de Amós, Isaías o Miqueas. Precisamente por ello, la vida de Jesús, igual que la de los profetas, está marcada por la persecución, la cárcel y la muerte. El mismo, considerando su destino, afirma: «no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén» (Lc. 13,33).

Por otra parte, **el mensaje** de Jesús lo sitúa también en la línea de los grandes profetas. A finales del siglo VI a. C., el profeta Zacarías sintetiza el mensaje de todos los profetas anteriores en el llamamiento a la conversión (cf. Zc. 1,4). Y los antiguos profetas, especialmente Ezequiel, Deuterisaías, Sofonías, junto a este tema de la conversión daban gran importancia al anuncio del Reino de Dios. Y es interesante constatar que ambos temas, conversión y Reinado de Dios, constituyen el núcleo fundamental del mensaje de Jesús. Las palabras con que comienza su predicación lo demuestran: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en la buena nueva» (Mc. 1,15).

Por último, **la manera de hablar** de Jesús lo sitúa también en la línea de los profetas. «Su modo de hablar es profano, popular, directo. Cuando las circunstancias lo exigen, su argumentación es agudísima; a veces, su lenguaje es intencionadamente burlesco e irónico; siempre, expresivo, concreto y plástico. Sus expresiones reflejan una seguridad diáfana, una singular síntesis de escrupulosa objetividad, imaginación poética y pathos retórico. Jesús no se siente atado a fórmulas o dogmas. No lleva a cabo profundas especulaciones ni cultiva una docta casuística de la Ley»³. Cualquier conocedor de los profetas advierte en seguida que todos estos rasgos pueden aplicarse, letra por letra, a hombres como Isaías, Jeremías, Ezequiel y tantos otros⁴.

En resumen, podemos decir que ciertos grupos contemporáneos de Jesús lo vieron como un profeta. En esto influyó especialmente su doble capacidad de hacer milagros y de conocer lo oculto. Pero, aunque los textos evangélicos no insistan en ello, otros aspectos de la personalidad de Jesús, su vida, su mensaje, su forma de hablar, pudieron animar a la gente a considerarlo como un profeta.

3. H. KÜNG, *Ser cristiano*, Madrid 1977, pág. 224.

4. Sin embargo, conviene tener presente una diferencia fundamental entre Jesús y los profetas. Jesús nunca usa la fórmula del mensajero («así dice el Señor»), ni la fórmula conclusiva («oráculo del Señor»). Este detalle tan importante quizás demuestre la conciencia de Jesús de ser más que un profeta.

3. Jesús, el profeta

Si mucha gente consideró a Jesús como uno más en la serie de los profetas, otras personas interpretaron su actividad y su persona de forma más profunda, como el profeta definitivo, que abría la nueva etapa de salvación.

La multitud que asiste a la multiplicación de los panes exclama después de presenciar este signo: «Este sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo» (Jn. 6,14). Y en Jerusalén, algunos de los que oyen hablar a Jesús, confiesan: «Este es realmente el Profeta» (Jn. 7,40).

Sin embargo, cuando se hablaba del profeta definitivo ya vimos que existían dos corrientes: una esperaba a Elías, otra a un profeta semejante a Moisés. ¿Por cuál de ellas se orientan los contemporáneos de Jesús? Parece claro que las opiniones estaban divididas. Unos afirman que se trata de Elías (Mc. 8,27 s; 6,14 s), otros piensan que es el nuevo Moisés.

Podemos dejar al pueblo discutiendo y formular una pregunta más importante: ¿qué pensaba de esto Jesús?, ¿qué pensaban los primeros cristianos?

Con respecto a la opinión de Jesús, El descarta abiertamente la posibilidad de que lo identifiquen con Elías. Es verdad que la resurrección del hijo de la viuda de Naim o la comparación que establece en Nazaret entre su actividad y la de Elías podrían impulsar a la gente a considerar a Jesús como Elías redivivo. Pero Jesús rechaza esta identificación. En cierto momento le preguntan sus discípulos: «¿Por qué dicen los letrados que Elías debe venir primero? Jesús responde: ¿De modo que tiene que venir Elías a ponerlo todo en orden? Pues os digo que Elías vino ya y, en vez de reconocerlo, lo trataron a su antojo» (Mt. 17, 10-12). Este texto es interesante por dos motivos: en primer lugar, porque desmitifica la idea de los letrados, aceptada por el pueblo, de que Elías ha de volver; para Jesús, esta profecía no ha de cumplirse en sentido literal; la vuelta de Elías es un puro símbolo. En segundo lugar, Jesús afirma que esa figura profética que ha de venir a restaurarlo todo antes de la salvación definitiva no es El, sino Juan Bautista, como indica claramente otro texto de Mateo (11,14).

Por consiguiente, tras estas palabras tan claras de Jesús, para los primeros cristianos no quedaba alternativa posible: si Jesús era el profeta definitivo, y no se identificaba con Elías, debía ser el profeta semejante a Moisés. Pero van a introducir un cambio muy significativo; Jesús no es sólo el nuevo Moisés; también encarna la figura profética del Siervo de Yahweh⁵.

5. Se discute mucho si el Siervo de Yahweh es una figura profética, regia, sacerdotal, o el prototipo del mártir. En mi opinión se trata de una figura compleja, con todos estos matices pero el que más resalta es sin duda el profético. Sobre este tema me remito a mi artículo **La mediación de Ciro y la del Siervo de Dios en Deuterocónias**: EstE 50 (1975) 179-210, especialmente 192-99.

Este doble aspecto profético de la personalidad de Jesús (nuevo Moisés y Siervo de Yahweh) se advierte claramente en un relato capital, el de la Transfiguración. El momento culminante del relato lo constituye la voz del cielo, reproducida con mínimas variantes por los tres sinópticos: «Este es mi hijo amado, en quien me complace, escuchadle» (Mt. 17,5); «este es mi hijo amado, escuchadle» (Mc. 9,7); «este es mi hijo, mi elegido, escuchadle» (Lc. 9,35). En esta voz del cielo podemos distinguir dos elementos: la presentación de Jesús como hijo amado, elegido, en quien Dios se complace; y una exhortación a los discípulos: «escuchadle». El primer elemento es una cita clara de Is. 42,1, primero de los cuatro cantos del Siervo de Yahweh. Por consiguiente, la voz del cielo quiere presentar a Jesús como el Siervo de Dios. El segundo elemento no está tomado de dichos cantos sino de Dt. 18,15: «Un profeta de los tuyos, de entre tus hermanos, como yo, te suscitará el Señor, tu Dios, a El escucharéis».

En conclusión, la voz del cielo quiere presentar a Jesús como el gran profeta anunciado en el Antiguo Testamento; pero no sólo como el segundo Moisés, sino también como el Siervo de Yahweh. Este cambio, como veremos luego, es muy significativo. Ahora nos fijaremos en Jesús como nuevo Moisés.

Mateo, Lucas y Juan resaltan, con diversos matices, este aspecto de la personalidad de Jesús. Resulta imposible en tan breve espacio desarrollar convenientemente este tema. Me limitaré a una serie de sugerencias fundamentales.

El evangelio de Mateo, ya desde el comienzo, presenta a Jesús como nuevo Moisés. El episodio de la matanza de los niños inocentes, que a muchas personas sólo les hace pensar en la crueldad de Herodes, tiene un sentido más profundo. En el relato aparece un tirano con miedo a perder su autoridad, un grupo de niños víctimas de ese miedo, y un solo niño que se salva. Recordando el Antiguo Testamento, un episodio nos viene en seguida a la memoria: el de la opresión de los israelitas en Egipto. También allí encontramos a un rey atemorizado, al faraón, a unos niños que mueren por orden suya, y a un solo niño que se salva: Moisés. El paralelismo de ambas situaciones nos hace captar la intención de Mateo: pretende presentar a Jesús como un nuevo Moisés desde los primeros momentos⁶.

Y este aspecto queda completamente claro poco más adelante, en una de las secciones capitales de su evangelio: el Sermón del monte. Es curioso que Lucas, al reproducir este discurso de Jesús, lo sitúa en una llanura. Mateo, sin embargo, dice que «Jesús subió al monte», un monte innominado. Preguntarse cuál de los dos evangelistas está en lo cierto resulta absurdo. Lo importante no es la realidad histórica sino lo que ha pretendido decirnos Mateo. Y esto es evidente. Jesús sube al monte para proclamar la nueva Ley, igual que Moisés subió al monte, al Sinaí, para promulgar la antigua. Por eso Jesús, con esa autoridad que asombra a la multitud cuando termina su discurso (Mt. 7,28 s), puede derogar, cambiar o hacer más exigente «lo que se dijo a vuestros antepasados» (cf. Mt. 5,21.27.31.38.43).

6. El paralelismo entre Jesús y Moisés es aún más evidente si tenemos en cuenta las tradiciones extrabíblicas sobre Moisés, muy difundidas en tiempos de Jesús. Cf. el artículo de Friedrich citado en nota 1, pág. 848.

Otros datos resultan también significativos: Jesús, como Moisés, pasa en el monte cuarenta días y cuarenta noches; igual que Moisés realizó diez milagros en Egipto —las diez plagas—, Jesús, inmediatamente después del discurso del monte, realiza diez milagros, etc.

También Lucas resalta este aspecto de Jesús como nuevo Moisés⁷. En el episodio de los discípulos de Emaús, cuando Jesús se les aparece en el camino y les pregunta qué ha ocurrido en Jerusalén, éstos contestan: «Lo de Jesús nazareno, que resultó ser un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo». A primera vista parece que los discípulos sólo consideran a Jesús como un profeta más dentro de la serie. Sin embargo, leyendo las palabras finales del Deuteronomio, en el juicio final sobre la persona y la obra de Moisés, encontramos las mismas expresiones: «profeta», «poderoso en obras», capaz de realizar signos y prodigios ante todo el pueblo de Israel (ver Dt. 34,10-12).

Otros dos textos de los Hechos confirman esta presentación que hace Lucas de Jesús como nuevo Moisés. El primero (3,23) presenta a San Pedro, durante su discurso después de la curación del paralítico, identificando claramente a Jesús con el profeta prometido en Dt. 18,15. El segundo (7,37), durante el discurso de Esteban, menciona también este texto del Deuteronomio. Aunque aquí no se identifique expresamente a ese profeta anunciado con Jesús, la aplicación parece clara.

Por motivos de brevedad, del evangelio de Juan sólo mencionaré un pasaje muy significativo: el de la multiplicación de los panes. Precisamente después de este signo exclama el pueblo: «Este sí que es el profeta que tenía que venir al mundo». Reconocen en Jesús al nuevo Moisés. Y el motivo es obvio. Hay un paralelismo clarísimo entre el milagro del maná y la multiplicación de los panes. Moisés alimentó al pueblo en el desierto, Jesús repite el prodigio, mostrando su poder.

Estos datos y otros muchos que hemos debido omitir nos llevan al convencimiento de que los primeros cristianos consideraron a Jesús el nuevo Moisés y quisieron presentarlo de esta forma. ¿Qué les movió a ello? Resaltar el poder de Jesús en sus obras y palabras. Como nuevo Moisés, Jesús puede realizar grandes prodigios y al mismo tiempo pronunciar una palabra nueva, orientar al pueblo, transmitirle la voluntad de Dios. Con sus obras y palabras Jesús lleva a cabo lo que hizo Moisés en la antigüedad: salvar a su pueblo y constituir el nuevo pueblo de Dios.

Sin embargo, los primeros cristianos no se limitaron a ver en Jesús al nuevo Moisés. Lo consideraron también el Siervo de Yahweh. Este personaje misterioso es presentado en la segunda parte del libro de Isaías (capítulos 40-55) a lo largo de cuatro famosos poemas (42,1-4; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,12). Ya vimos

7. Sobre el aspecto profético de Jesús en la obra de Lucas véase el interesante artículo de Escudero Freire citado en nota 1.

que las palabras iniciales del primero eran aplicadas a Jesús durante la transfiguración. Esas mismas palabras se escuchan desde el cielo en el momento del bautismo de Jesús. Bastarían estos dos episodios tan importantes para demostrar que la Iglesia primitiva vio en Jesús el Siervo de Dios. Pero, si quedase alguna duda, podemos acudir a Hechos 8,26-40, donde se narra el encuentro del diácono Felipe con su personaje importante de la corte de Etiopía. Este hombre marcha de Jerusalén a Gaza en su carroza leyendo un texto de Isaías; precisamente el cuarto poema del Siervo de Yahweh.

«Como cordero llevado al matadero,
como oveja ante el esquilador,
enmudecía y no abría la boca.
Lo humillaron negándole todo derecho...
lo arrancaron de la tierra de los vivos» (Is. 53,7-8 LXX).

El etíope lee, entiende, pero no sabe a quién se refiere el profeta: ¿habla de sí mismo o de otro? «Felipe tomó la palabra y, a partir de aquel pasaje, le dio la buena noticia de Jesús» (Hechos 8,35).

Podríamos añadir más textos que insisten en presentar a Jesús como el verdadero Siervo de Dios. Pero es más importante saber qué impulsó a los primeros cristianos a superar la teología oficial, presentando a Jesús no sólo como nuevo Moisés, sino también como Siervo de Yahweh. Aunque la respuesta exigiría un tratamiento más detenido, en líneas generales podemos decir que dos rasgos de la personalidad del Siervo fueron los que influyeron en este proceso: su misión universal y su sufrimiento. El Siervo de Yahweh no se limita a su pueblo como Moisés, está orientado a todas las naciones. Y, además, no salva mediante el éxito humano, sino a través del dolor, aceptando la muerte en silencio, como un cordero que llevan al matadero.

Como resumen de esta parte podemos decir que Jesús es el profeta; no un profeta más, comparable a los antiguos. Es el profeta definitivo, que abre una nueva etapa de salvación. Lo fundamental de su obra no va a consistir en orientar al pueblo en un momento determinado, en denunciar unas injusticias concretas, en comunicar la palabra de Dios dentro de un contexto político preciso. Todo esto, o mucho de esto, lo hará Jesús. Pero su obra es más grandiosa. Jesús, el profeta definitivo, viene a pronunciar una palabra definitiva y a dar comienzo a la salvación final. Una salvación que no queda reducida al estrecho límite de su época y de su país, sino que se abre a todos los tiempos y a todo el mundo. Y una salvación que sólo puede llevarse a cabo a través del sufrimiento y de la muerte.

Y con esto Jesús se convierte en el profeta eterno, con un mensaje y una acción de perenne actualidad. Intervenciones capitales de Isaías, Jeremías o Ezequiel están hoy pasadas de moda. Las conocemos, profundizamos en ellas, pero debemos admitir que en bastantes casos lo hacemos más por curiosidad histórica que por imperiosa necesidad religiosa. Con Jesús no ocurre lo mismo. Aunque sea un personaje histórico, enmarcado en unas coordenadas espacio-

temporales muy concretas, su palabra y su acción trascienden el espacio y el tiempo, conservando toda su vigencia.

4. Jesús, más que profeta

Precisamente por esto, en etapas posteriores, los cristianos prefirieron hablar de Jesús con títulos distintos, complementarios, procurando evitar el peligro de que considerásemos a Jesús como un simple profeta, o incluso como la culminación de la profecía. Jesús es más que todo esto. Son numerosos los textos que pueden corroborar esta afirmación. Sólo citaré tres de ellos.

El primero (Mt. 16,13-16) corresponde a la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo. Jesús pregunta qué opinión tiene la gente de El. La respuesta ya la conocemos. Unos lo identifican con Juan Bautista resucitado, otros con Elías, otros con Jeremías o uno de los profetas. Sin embargo, esta interpretación puramente profética de su persona parece dejar insatisfecho a Jesús. Por eso pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». La respuesta de Pedro, inspirada por el Padre del cielo, rompe el marco de la profecía para presentar a Jesús como Mesías e Hijo de Dios. Es totalmente secundario que este texto refleje un hecho histórico o la convicción de los discípulos después de la resurrección de Jesús. En cualquier caso Jesús es presentado como más que un profeta.

El segundo texto (Hebreos 1,1-4) refleja la misma idea: «En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por un Hijo...». Se reconoce el papel primordial, preponderante, de la profecía en la antigua alianza. A través de este carisma es como Dios ha mantenido su contacto con el pueblo. Pero, al llegar «la etapa final», se establece un corte profundo entre la serie de los antiguos profetas y ese Hijo «al que nombró heredero de todo, reflejo de su gloria, impronta de su ser, más poderoso valedor que los ángeles». Jesús, como los antiguos profetas, habla también en nombre de Dios. Pero su ser y su acción no se agotan en esta tarea.

Terminaremos con unas palabras del prólogo del cuarto evangelio, porque contraponen no sólo a Jesús y a los profetas, sino a Jesús y al mayor de todos los profetas, Moisés. «La ley se dio por medio de Moisés, el amor y la lealtad se hicieron realidad en Jesús el Mesías. A Dios nadie lo ha visto nunca; es el Hijo único, que es Dios y está al lado del Padre, quien lo ha explicado» (Jn. 1,17-18). La oposición es mucho más fuerte de lo que puede parecer a primera vista. Moisés trae la ley, la comunicación de la voluntad divina; pero se trata de algo que no es Dios, y que queda fuera del hombre. Jesús, por el contrario, hace realidad «el amor y la lealtad», esas dos características que en algunos pasajes del Antiguo Testamento definen la esencia de Dios (*hesed we'emet*). Por otra parte, la frase «a Dios nadie lo ha visto nunca» es una referencia clara a Ex. 33,20, donde el Señor se niega a que Moisés vea su rostro. Jesús, sin embargo, es Dios y está al lado del Padre. No hay manera más enérgica de

afirmar que Jesús supera por completo a Moisés y se sitúa en una dimensión totalmente nueva.

5. ¿Cómo hablar de Jesús hoy?

Decíamos al comienzo que sólo partiendo del Nuevo Testamento podemos hablar del carácter profético de Jesús para nuestra época. Las conclusiones a las que llegamos los podríamos sintetizar en los puntos siguientes:

1. Cuando hablamos de Jesús como profeta insistiendo sólo en su aspecto de denuncia social y de condena de las estructuras empobrecemos el mensaje del Nuevo Testamento.

2. Si presentamos a Jesús como el profeta definitivo, que con su palabra, su acción, su vida y su muerte salva al pueblo y constituye el nuevo pueblo de Dios estamos muchos más cerca de la verdad, pero tampoco reproducimos en plenitud el mensaje del Nuevo Testamento.

3. A pesar de lo anterior, en ciertas ocasiones la única forma de suscitar en muchas personas el interés por Jesús será precisamente resaltando ese aspecto, incompleto sin duda pero auténtico, de su inconformismo, su valentía, su denuncia. Muchos galileos siguieron a Jesús porque estaban politizados, porque veían en Él un líder político, un revolucionario social; lo siguieron con sus espadas al cinto, sin renunciar a sus deseos de independencia ni a sus ambiciones políticas. Y Jesús no rechazó a ninguno de ellos por ese motivo. Jesús, prototipo de la no violencia, permitió que lo acompañasen hombres violentos. Jesús, que aborrecía el poder, aceptó la compañía de personas ambiciosas. Por eso, en una pedagogía de la fe, creo que podemos y debemos aceptar una imagen imperfecta de Jesús como paso previo para una comprensión más profunda de su persona. En este sentido, como punto de partida, creo que la imagen más adecuada de Jesús para muchos de nuestros contemporáneos es la de Jesús como un simple profeta.

José Luis Sicre